

# España ha dejado de ser católica

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**D**ON Manuel Azaña, en las Cortes Constituyentes de 1931, pronunció un famoso discurso —uno de los más famosos entre los suyos— que hoy es de plena actualidad.

Ministro, jefe de Gobierno y Presidente de la Segunda República, fue además un excelente literato y un inteligente pensador político. Y en aquel decisivo año se adelantó varios lustros a lo que después el Concilio Vaticano II afirmó: que el mundo tiene que construirse por sus propios medios; que la sociedad civil debe gobernarse con arreglo a una finalidad humana, de tejas abajo, buscando solamente la convivencia y la paz social. Y que ya no se deben aceptar ni leyes ni prácticas de gobierno con discriminaciones sociales por motivos políticos, económicos, culturales o religiosos. Por eso el mundo contemporáneo se está construyendo a espaldas de la religión y no está dirigido por la misma, como ocurría antes.

Pero aquella acertada y lapidaria frase, después de siglos de dominación eclesiástica del país, fue mal interpretada. La derecha católica —y sobre todo la ultraderecha— cogió al vuelo esta afirmación y, sin tener en cuenta el contexto del discurso que ampliamente explicaba su sentido, lanzó todos sus dardos contra ella escandalizándose farisaicamente.

Hoy, después de cuarenta años de nacional-catolicismo, todavía seguimos haciendo lo mismo. Son muchos los que no admiten una crítica de las estructuras humanas de la Iglesia y del casi omnímodo poder del que disfrutó en estos últimos tiempos, marcando con su dominio un espectacular retroceso sobre lo que empezó a superarse en tiempo de nuestra Segunda República.

Azaña había dicho algo muy sencillo y obvio para cualquier espectador imparcial del mundo que empezaba a forjarse claramente en Europa, sobre todo a nivel cultural. La religión —y en España la religión católica— tuvo casi siempre un protagonismo claro en la política y en las estructuras sociales. Sin embargo, el hombre contemporáneo —que está llevando a cabo lo que descubrió el hombre del Renacimiento— se da cuenta de su mayoría de edad social, y no acepta por más tiempo esta tutela dominadora o paternalista de las religiones.

La sociedad contemporánea descubrió que la religión era cosa de las conciencias y de su manifestación respetuosa; pero no podía pretender un nuevo reinado político-social del Corazón de Jesús, como buscaban aquí los medios católicos. El grito "Viva Cristo Rey" no era un grito

religioso, sino un toque de guerra que tenía todas las características de una acción política de corte clerical.

En algunos aspectos estamos hoy aparentemente de vuelta de esta consigna belicosa; pero no en todo, ni mucho menos. Todavía hay católicos —y no de los más conservadores— que reaccionan y actúan partiendo, consciente o inconscientemente, de una cierta superioridad en su interpretación de lo religioso y en su ataque a todo el que no piense como él (sobre todo si se confiesa también católico). El mayor enemigo para estos católicos no es el no-creyente ni el agnóstico, ni siquiera el protestante que ayer perseguíamos: es el católico liberal, el cristiano que se dice seguidor de un catolicismo depurado o el cristiano por el socialismo. Y no ahorran ocasión de intentar demostrar —usando de una lógica demasiado simple y de una ausencia de crítica científica manifiesta— que no hay que conceder a estos otros católicos ni el pan ni la sal.

Sin embargo, el mundo al que accedemos —el mundo de la cultura moderna— no admite ya estas posturas discriminatorias, que usan como único procedimiento la condensación verbal y el ataque personal.

Hemos de caer en la cuenta que estamos ante una nueva era de nuestra Historia, por mucho que se quiera frenar su llegada. Y que esa fase que dominó nuestra cultura y nuestra civilización, empieza a ser nada más que reliquia del nacional-catolicismo, que resulta un anacronismo sin posibilidad de regreso. Y que estos católicos se van a encontrar dentro de poco en falso, porque ya no podrán pretender una hegemonía anacrónica ni una exclusiva negadora de todo pluralismo: habrán de ser mucho más modestos de lo que han sido hasta ahora, porque nuestro mundo español —se quiera o no se quiera reconocer— es plural y somos cada vez más los que queremos que se estructuren nuestras instituciones de acuerdo con este pluralismo de opiniones en todos los órdenes humanos, sin privilegio para ninguno, ni tampoco para aquellos católicos que se creen los únicos poseedores de la verdad, y que parece a veces que han encarnado el privilegio personal de la infalibilidad.

Cada vez que voy a dar una conferencia a una región española me suele ocurrir lo mismo. En el coloquio posterior a la misma apenas se atreven, estos representantes de la derecha católica, a colokuar conmigo, pero en cuanto me marchó del lugar mandan cartas a los periódicos que sólo por casualidad conozco algunas ve-

ces. Rehuyen el diálogo y la comunicación, y parece que quieren instaurar el reino del monólogo, aprovechando todas las ocasiones propicias que les brinda todavía nuestra actual situación política.

No se convencerán de la realidad cultural y política de la frase de Azaña, que todos deberíamos meditar a la hora de pensar en nuestro inmediato porvenir. No es que haya en España más o menos católicos, no es que existan más o menos fieles seguidores del catolicismo jerárquico, sino que hemos de caer en la cuenta del cambio de estructura cultural que ha dado nuestro mundo y que en él vamos a vivir, guste o no guste; y que nos tenemos que acostumbrar a usar la nueva lógica de nuestro mundo, los nuevos criterios científicos del mismo y la crítica más depurada respecto a las afirmaciones religiosas que se hacían en un mundo que apenas tenía posibilidad de oponerse a nuestra ignorancia. Estamos en las puertas de una nueva sociedad pluralista, desde el punto de vista religioso, en la que habrá creyentes y no-creyentes; y los creyentes tendremos muy distintas maneras de pensar sin por eso esgrimir unos contra otros el apelativo discriminatorio, la clasificación desmerecedora o la actitud despreciativa. Con reacciones emotivas, envueltas en una aparente lógica demasiado simplificada, no demostramos nada y, en el fondo, sólo pretendemos callar a los demás, y eso se va a hacer cada vez más difícil. Lo mismo se trate del divorcio que del marxismo o de la moral.

Hemos de habituarnos a dialogar y a convivir, sin organizar la partida de la porra. Ni de una porra material ni de una verbal, que ya no están a nivel de la cultura de finales del siglo XX. Antes mirábamos con superioridad al que no seguía el pensar católico conservador. Ahora tenemos que acostumbrarnos a relativizar nuestras afirmaciones, que creímos ingenuamente definitivas, y que no tienen, en muchas ocasiones, más firmeza que el haber sido repetidas rutinariamente desde hace siglos, sin base científica suficiente y sin oposición crítica adecuada. La costumbre, y menos la rutina, no son la verdad. La verdad es algo costoso y difícil que hemos de ir alcanzando poco a poco, con modestia, y no a fuerza de cañonazos guerreros o mentales. ■